



DIARIO DE INTERESES GENERALES, NOTICIAS Y ANUNCIOS.

NUMEROS DEL DIA 10 CENTIMOS DE PESETA.

PRECIOS DE SUSCRICION
Murcia: un mes, 6 rs.—Fuera: un trimestre, 20 rs.—Un semestre 40 rs.—Un año, 80 rs.—Pago anticipado.—Números atrasados un real.

Direccion y administracion: calle de Lucas.

PRECIOS DE INSERCIÓN.
Linea de anuncios á medio real.—Avisos oficiales, comunicados, etc., a precios convencionales y módicos.

EL NOTICIERO.

LA CATASTROFE DE MURCIA Y EL CREDITO HIPOTECARIO.

Así titula D. Félix Bona el siguiente artículo referente á las consecuencias del desbordamiento del Segura; y como el autor hace muy juiciosas observaciones para demostrar que solo por medio del trabajo pueden desaparecer las huellas que ha dejado en Orihuela y Murcia aquella terrible inundacion, de ahí que nosotros, que estamos conformes en los juicios emitidos por aquel señor, creemos oportuno reproducir su bien meditado escrito, cuya lectura recomendamos á nuestros lectores.

Dice así:

«La caridad pública y privada acude presurosa á depositar sus benditas ofrendas, para atender desde los primeros momentos á la inmensa miseria, y á los acerbísimos dolores producidos por una calamidad tan grande como repentina é inesperada; pera esa explosion santa del

más delicado sentimiento humano, si es el más indispensable y oportuno de los medios, por la rapidez con que obra y por la eficacia que tienen esos primeros consuelos, es insuficiente para curar radicalmente tan grandes males. Cuando se trata de muchas leguas cuadradas de campos arrasados, de cauces de riego destruidos, de pueblos enteros convertidos instantáneamente en montones de ruinas; cuando se necesitan de ciento á ciento cincuenta millones de pesetas para rehacer las acequias, abrir nuevos desagües, reforzar diques y malecones, reedificar millares de casas, restablecer los linderos de las fincas, desbrozar las tierras cubiertas por el cieno y las arenas, la caridad por grande que sea, es imponente para acometer tan gigantescos trabajos.

La caridad socorre momentáneamente; pero carece de fuerza para que renazcan las industrias y los capitales destruidos por tamaña catástrofe.

Después de la limosna, que alivia la primera necesidad, es necesario el trabajo que levanta el espíritu, vuelve el valor y los ánimos acobardados, y hasta cierto punto distrae el pensamiento de sus amargos pesares, obligando al hombre á una actividad que le hace olvidar las penas: la limosna dará la vida para unos cuantos días; pero el trabajo hace poco á poco desaparecer las tristes huellas de tanto desastre, crea de nuevo la riqueza perdida y consuela con la esperanza de volver á gozar de una existencia normal y desahogada.

Además, la limosna no alcanza á los propietarios del gran capital que representaban las tierras encenagadas, las casas hundidas y el sistema de riegos y defensas destruido. Capital debido á la industria y que no se rehará por milagros del cielo, sino por medio del trabajo del mismo hombre es preciso recordar que si se hace bien la cuenta del valor que tienen las fincas inmuebles más productivos, muy

pronto se demuestra que ese valor es insignificante comparado con el que representaría la suma de todos los valores acumulados en cada finca por el trabajo de innumerables series de generaciones y durante algunos centenares de siglos. Ni un solo céntimo del valor de la propiedad territorial más valiosa puede considerarse debido á la naturaleza: todo, absolutamente todo su valor, es resultado del trabajo humano.

Más, para restablecer por medio del trabajo ese valor destruido en Murcia, Lorca, Orihuela y Almería, es indispensable que el producto acumulado de trabajos anteriores, que lo que llamamos capital, concorra á hacer posible el trabajo que debe acometerse. Y como ese capital no existe disponible en poder de los propietarios ahora arruinados, es indispensable que lo facilite el crédito.

El crédito hipotecario, sí; pero no ese crédito hipotecario que exige para sus préstamos un formalísimo interminable, la presentacion de

—16—

Triste, descorazonado con el mal éxito de mis pesquisas, se fué apoderando de mí un terrible decaimiento, que poco á poco iba mermando mis fuerzas y agotando mi vitalidad. En vano mis parientes y amigos trataban de distraerme, en vano viajé por los Pirineos, por Suiza, por las orillas del Rhin, por Italia. Siempre me perseguía aquella imágen, que se me aparecía hasta en mis febriles y angustiosos sueños.

Una noche, de vuelta ya de mis viajes, volvía á casa después de la media noche, más que aburrido con un insulso y patibulario drama que habia tenido la resignacion de oír hasta el fin. Iba por una calle no muy frecuentada de Madrid, sin darme prisa, disfrutando del fresco agradable de aquella noche de primavera.

De pronto sentí que me cogían suavemente del brazo, que otro brazo, un blando y torneado brazo de mujer, se apoyaba en el mío.

Precisamente pasaba por junto á un farol, volví la cabeza y di un grito.

Era ella, sí, era ella.

Loco, estático, delirante, la contemplaba, la absorbía con mis ojos, embriagándome en su deslumbradora hermosura.

Y ella fijaba también en mí una mirada lánguida, cariñosa, enloquecedora, llena de voluptuosidad.

Al fin hubo de causarla extrañeza mi arrobamiento, el éxtasis dulcísimo, en que me hallaba contemplando su belleza.

—¿Quiéres subir?— me dijo.

Y esta fórmula cínica y repugnante del amor venal, rompió el encanto, hizo venir al suelo todas mis ilusiones y me puse frente á frente de la realidad en toda su vergonzosa desnudez. El ángel que yo habia imaginado en mis sueños era de barro, digo mal, del cieno más inmundo: aquella hermosura, que yo creía celeste, seráfica, divina, era propiedad de todos.

Ahargué una vez más con la mirada aquella belleza, tan perfecta como profunda, eché á correr, huyendo de ella, mientras aquella mujer lanzaba una cínica y sarcástica carcajada.

—13—

III.

Siempre he sido enemigo—continuó diciendo Juan—de dejar que me retraten. Eso de estar durante quince ó veinte días convertido en modelo de pintor, y pasarse una hora muerta en postura más ó menos académica y condenado á la inmovilidad, no es para mi genio.

La fotografía tiene procedimientos más breves y sumarios, es cierto; pero exige el esperar el llegar á una vez en una habitación perfumada con los suaves aromas del colodion; y cuando al cabo de dos ó tres horas de mortal aburrimiento, le llega á uno el turno, es cosa no poco ridícula colocarse en la posición que al fotógrafo se le antoje, ante aquella especie de cañon rayado que nos apunta, apoyada la cabeza en un soporte de hierro, con el cuello estirado y rígido por lo forzado de la postura, sin poder pestañear, hasta que acabe aquel tormento, y mandando uno al fotógrafo en su fuero interno cuando menos á los antipodas. Todo eso, sin contar con la forzada ascension de ciento y pico de escalones, pues tales artistas suelen habitar vecinos del alto cielo.

Empezaba por entonces el furor de los retratos fotográficos en turgota: habia yo recibido en esa forma hasta un centenar de veras efigies de mis amigos y conocidos: todos me asediaban diariamente con la pregunta de «¿cuándo me das tu retrato?» y aunque no me sonreía poco ni mucho el meter la cara en barro, como suele decirse, ni tampoco el figurar como uno de tantos en los álbums de mis allegados, es lo cierto que me vi precisado á hacerme retratar.

Subí, una vez resignado al sacrificio, hasta las alturas en que tenia su galería el fotógrafo á la moda; me conformé á que mis pulmones respiraran durante algunas horas aquella atmósfera saturada de colodion; tome vez, ob-